

Capítulo 6

Guardando el pacto de Dios y la vida antitética

Prof. Herman Hanko

Textos bíblicos: 2 Corintios 6:14-7:1, Santiago 4:1-4, y Deuteronomio 33:26-29

Presta especial atención al hecho de que, en todos estos pasajes bíblicos, la antítesis ocupa un primer plano; y, en todos los casos, la antítesis está relacionada con la doctrina del pacto.

A principios de esta semana, una de las asistentes a la conferencia, que al parecer había leído el programa y había visto el tema de esta ponencia, me señaló que la palabra “antitético” resultaba muy peculiar.

Me dijo: “¿No proviene la última parte de esa palabra de la palabra que significa Dios? ¿Y no significa la primera parte de esa palabra “contra”? Por lo tanto, ¿no significa el término “antitético” que la vida del cristiano es una vida contra Dios? ¿Por qué eliges un tema como ese?”. Ese comentario me trajo recuerdos de hace mucho, mucho tiempo —creo que probablemente fue a finales de los cuarenta o principios de los cincuenta— cuando, en una convención de jóvenes, el reverendo Herman Hoeksema pronunció el discurso de apertura sobre el tema de la convención de ese año: La antítesis. Dijo: “No debemos interpretar la antítesis del tema de la convención en el sentido literal de la palabra, porque significa “contra Dios”. “Antítesis” es un término erróneo”, dijo. Eso quedó grabado vívidamente en mi mente, porque un término erróneo para describir una parte tan importante del llamado del cristiano es algo así como un desastre.

Sin embargo, debo discrepar de esas críticas al término. A mi juicio, “antítesis” proviene de una palabra griega que significa “poner o situar frente a”, y la terminación de la palabra no proviene de la raíz de la palabra “Dios”, sino de un verbo que significa “poner” o “situar”.

La idea, por lo tanto, de la antítesis, tal y como implica el propio término, es que la vida cristiana, tal y como la vive el cristiano como miembro del pacto de Dios, se contrapone a la vida del mundo en medio del cual debe vivir.

El tema es tan amplio que voy a tener que pasar por encima de algunas cosas muy rápidamente.

Debe entenderse claramente, desde el principio, que Dios crea la antítesis. Él creó la antítesis al comienzo mismo de la historia, tras la caída. Cuando Dios se encontró con Adán y Eva en el paraíso y le dijo a Satanás: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar” (Génesis 3:15), ese fue el anuncio de la antítesis. Dios creó la enemistad entre el diablo y su descendencia y la descendencia de la mujer. Dios no pone esa enemistad entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente simplemente llenando los corazones de la simiente de la serpiente y los corazones de la simiente de la mujer con

odio mutuo; sino que Dios crea esa enemistad al realizar la obra de salvación en los corazones de su pueblo. Esa obra de salvación en los corazones y las vidas del pueblo de Dios es la maravillosa manera en que Dios crea la enemistad, porque convierte al pueblo de Dios en representantes del reino y del pacto de Dios en un mundo hostil a Dios.

En segundo lugar, la antítesis tiene su origen en el decreto de la predestinación soberana y no puede entenderse al margen de él. Tiene sus raíces en la elección y la reprobación. La simiente de la mujer es Cristo, y en Él todos los elegidos. La simiente de la serpiente constituye a los réprobos. Detrás de la antítesis está el decreto soberano de Dios, que Él ejecuta en la historia.

En tercer lugar, esa antítesis se realiza de manera fundamental y esencial en la cruz. Desde este punto de vista, puede imaginarse la cruz como plantada por Dios en el centro de la corriente de la historia. Al estar esa cruz plantada en el centro de la corriente de la historia, toda la raza humana fluye sobre el Calvario y es dividida por la cruz en dos grupos: los elegidos y los réprobos, que están en enemistad entre sí, enemistad creada y expresada fundamentalmente en la obra perfecta de nuestro Salvador en el Calvario. Nuestro Señor mismo anunció antes de su muerte que, además de morir por su pueblo, con la cruz había llegado también el juicio del mundo: el príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Juan 12:31).

Finalmente, esa antítesis es llevada a cabo por el Señor exaltado. ¡No puedo enfatizar esto lo suficiente! En las manos del Señor, en las manos del Cristo ascendido, se le ha dado el control del universo —o, si se me permite expresarlo de otra manera, se le ha concedido la plena ejecución de todo el consejo de Dios. Dios confía a su Hijo la autoridad y el poder para ejecutar el consejo de Dios. Él gobierna sobre todo. No solo gobierna soberanamente sobre los elegidos; gobierna soberanamente, sobre todo. Nada ocurre, no solo en esta tierra, sino también en el infierno y en el cielo, al margen del gobierno soberano de Cristo. Ese gobierno es un gobierno de gracia, gracia irresistible, pues Él establece su trono en los corazones de su pueblo. Y ese gobierno es de poder soberano en Su dominio sobre los réprobos, ya que Él hace que estos sirvan al propósito de la salvación de Su iglesia. ¿Por qué se ríe Dios en los cielos mientras los paganos se enfurecen y los pueblos imaginan vanidades? ¡Ha puesto a su Hijo sobre el monte santo de Sion! Los malvados no pueden hacer más que servir al propósito de Dios (Salmo 2).

Ese doble gobierno de Cristo es la razón soberana por la cual existe una antítesis en medio del mundo. Téngase presente, por tanto, que estas grandes verdades de las Escrituras constituyen la base y el fundamento de la antítesis.

La historia de cómo esa antítesis se desarrolla es una de las más emocionantes, una de las más apasionantes y una de las más dramáticas que jamás puedan contarse. De hecho, es la única historia de toda la historia que realmente merece ser contada. Cuando la historia sea finalmente reescrita en el gran Día del Juicio, y Dios escriba la historia tal como debió haberse escrito en esta tierra, pero nunca lo fue, y cuando muestre cómo, a lo largo de toda la historia, llevó a cabo su propósito eterno, entonces ese libro de historia será el único que valga la pena leer. Llenará el alma de quienes lo lean de asombro ante la gloria de Dios y de doxologías de alabanza al Dios que hace maravillas.

Esa historia comenzó en el primer paraíso. Comenzó allí cuando Adán fue creado a imagen de Dios, como amigo-siervo del pacto de Dios, a quien se le confirió señorío sobre la creación terrenal

de Dios. Al otorgarle ese señorío sobre la creación terrenal, Dios también le dio la responsabilidad de guardar el huerto. Es decir, le confió la tarea de trabajar en la creación de Dios como su representante en el mundo, utilizando el mundo de Dios para la alabanza y la gloria de su nombre.

Mientras estas cosas sucedían en la tierra, acontecimientos dramáticos tenían lugar en el cielo. Allí Satanás conspiró contra Dios en un desesperado intento de golpe de Estado para apoderarse de su trono. Fracasó, aunque contaba con una multitud de ángeles que se pusieron de su lado y compartieron sus propósitos. Como resultado, fue expulsado del cielo, si bien su expulsión definitiva no tuvo lugar hasta la ascensión del Señor Jesucristo (Ap. 12:9). A causa de su fracaso en el cielo, decidió entonces hacer de la presente creación terrenal su posesión, arrebatársela a Dios, sentarse él mismo en el trono de esta creación y convertirla de tal manera en su dominio que toda ella sirviera a sus propósitos. Y esos propósitos eran perversos e infernales: una oposición a Dios nacida del odio hacia Dios, hacia su gloria y hacia su nombre.

Pero Satanás no tenía acceso a esta creación terrenal sino a través de Adán. Por ello conspiró para tentar a Adán por medio de Eva, su esposa, con el fin de ganarlo para su causa, pues Adán era la cabeza de la creación. Si Adán consentía en cooperar con Satanás contra Dios, se convertiría en representante de Satanás en el mundo y sería utilizado por él de tal manera que, por medio de Adán, podría llevar a cabo sus designios en la tierra. Y tuvo éxito. Tristemente, tuvo éxito.

Puesto que Adán era la cabeza de la creación, la caída de Adán significó que la maldición que vino sobre él vino también sobre la creación de Dios. Esa era una consecuencia necesaria. No podía suceder de otra manera. Adán era responsable de la creación. Ahora bien, sin dejar de ser responsable de ella, Adán se convirtió en el representante de Satanás y de sus propósitos dentro de la creación.

Deseo recordarles, aunque sea de manera breve, que la caída no constituyó un error desde el punto de vista de Dios. Dios no contemplaba desde el cielo los dramáticos sucesos que se desarrollaban junto al árbol del conocimiento del bien y del mal, esperando contra toda esperanza que Adán resistiera la fuerza de la tentación. Y cuando Adán cayó, Dios no se lamentó en desesperación ni lloró por el aparente fracaso de su propósito al crear los cielos y la tierra, como si luego hubiera tenido que reconsiderar sus planes y decidir que, a causa de la apostasía de Adán, debía adoptar un nuevo designio para alcanzar la gloria de su nombre.

Tal concepción de la caída de Adán jamás puede hacer justicia a la gloria, la soberanía y el propósito eterno de Dios. Debemos partir del principio de que Dios es Dios, quien hace todo cuanto le place y cumple infaliblemente su propósito (Ef. 1:11).

Su propósito, en su consejo eterno, era glorificar su propio nombre, no por medio del primer Adán, sino por medio del segundo Adán: Cristo, de quien el primer Adán era solamente una figura, según enseña Pablo (Ro. 5:12-14). Para llevar a cabo ese propósito, Dios, sin menoscabar en lo más mínimo su infinita santidad, sin convertirse de ninguna manera en el autor del pecado de Adán, gobernó soberanamente los acontecimientos de tal modo que incluso la caída sirvió para la realización de su propósito eterno. Eso fue lo que Dios anunció a Adán mediante las palabras del evangelio. Inmediatamente llevó el evangelio, el evangelio de Cristo, a aquellos pobres santos. El reverendo Herman Hoeksema solía expresarlo de una manera inolvidable, tanto en sus clases como

en su predicación: “Cuando Adán cayó en pecado, cayó en los brazos de Cristo”. Dios trajo el evangelio: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”.

El resultado fue que Dios, en la realización de su propósito en Cristo, plantó la cruz en el Calvario, por cuyo poder podía ser creada la enemistad. En la antigua dispensación, la obra de Dios miraba hacia adelante, anticipando la venida de Cristo y la obra que él llevaría a cabo. Los santos de la antigua dispensación comprendían esto y vivían en la esperanza de la venida de Cristo. Satanás lo comprendía no menos que ellos. El capítulo 12 de Apocalipsis nos dice que Satanás percibió inmediatamente la amenaza que el evangelio suponía para sus planes cuando Dios lo anunció a Adán y Eva. Por eso, toda la antigua dispensación está atravesada por este hilo conductor: el desesperado intento de Satanás de impedir el nacimiento de la descendencia de la mujer. Como el dragón, se mantuvo con las fauces abiertas delante de la mujer, procurando devorar a su Hijo tan pronto como naciera (Ap. 12:1-4).

Fue únicamente por un milagro de la gracia, a lo largo de toda la antigua dispensación, que la descendencia de la mujer fue preservada. Pensemos en la impía Atalía, quien, dicho sea de paso, nació de una unión ilegítima, de una negación de la antítesis entre Judá e Israel, debida tristemente a la insensatez de Josafat, aunque era un hijo de Dios. Atalía exterminó toda la descendencia real, excepto a Joás. Pensemos en Amán y en su complot para exterminar a todos los judíos. Pensemos en las repetidas apostasías de Israel y de Judá que finalmente condujeron a la nación al cautiverio.

Toda esta terrible historia es la historia del intento de Satanás por destruir la descendencia de la mujer. El Salmo 137 es un salmo lleno de profunda aflicción: “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y aun llorábamos acordándonos de Sion. Sobre los sauces, en medio de ella, colgábamos nuestras arpas. Pues los que allí nos habían llevado cautivos nos pedían cánticos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra extraña?” ¿No hablaban todos los cánticos de Sion acerca de Cristo? ¿Cómo podríamos cantar acerca de Cristo en Babilonia? Parece imposible que Cristo nazca aquí, en Babilonia. Pero colgaremos nuestras arpas de los sauces para volver a tomarlas después. Recordaremos a Sion, porque el evangelio de Dios resplandece como una luz inextinguible en las horas más oscuras de la historia. Y el poder del evangelio frustra todo intento de Satanás de llevar a cabo sus propósitos. Volveremos a Sion.

Dios toma para sí, conforme a su eterno decreto de elección, un pueblo del pacto; un pueblo que ha arrancado de las garras de Satanás, rescatándolo de su poder y estableciéndolo en medio de este mundo como su pueblo del pacto. Y porque son su pueblo del pacto, los hace sus amigos y se constituye en amigo de ellos; tan íntimo y fiel amigo que les dice en los términos más tiernos que puedan imaginarse: “Os he introducido de tal manera en mi comunión que os daré a conocer, pueblo mío, todos los designios de mi voluntad, todo cuanto me he propuesto realizar hasta el fin del mundo, cuando todo mi propósito haya sido consumado.”

El Salmo 25 habla del pacto de Dios en términos de una amistad tan íntima entre Dios y su pueblo que Dios les revela sus secretos: “El secreto de Jehová es para los que lo temen, y a ellos hará conocer su pacto” (v. 14). Él nos hace partícipes de sus secretos. Por así decirlo, nos susurra al oído para que nadie más pueda oír: “Os revelaré todos mis designios, porque hago todas las cosas por vosotros. Haré esto por todos mis elegidos; lo haré a lo largo de toda la historia del mundo.”

Pero Dios revela sus secretos a su pueblo del pacto para que represente su causa y la causa de su pacto en el mundo. Esta obra de Dios pone el propósito de Satanás y el propósito de Dios en abierta oposición dentro de la vida del pueblo de Dios. El propósito de Satanás es expulsar a Dios de su mundo, cueste lo que cueste. Para ello utilizará como aliados e instrumentos a todo el mundo impío. Utilizará la creación y todas sus fuerzas. Pero allí está ese pequeño grupo de santos, casi insignificante, a menudo atemorizado, al que Dios confía el secreto de toda la historia y los misterios del universo, que abarcan incluso el cielo mismo. Y les dice: “Ahora, en este mundo, vosotros representáis mi causa. Y lo hacéis proclamando tan fuerte como podáis, para que todos lo oigan, y también mediante toda vuestra manera de vivir: “¡Este mundo pertenece a Dios!”. No pertenece a Satanás. No os pertenece a vosotros. Dios lo reclama como suyo. No abandonará aquello que creó. Le pertenece. Y también cumplirá en él su propósito cuando Cristo vuelva para redimir todas las cosas, glorificarlas y entregarlas a sus escogidos como herencia eterna”. Ese testimonio de los elegidos es la antítesis.

La Escritura utiliza especialmente dos figuras para definir la antítesis; hay más, pero deseo llamar brevemente vuestra atención sobre estas dos.

Una de esas figuras es la de una batalla. El pueblo del pacto de Dios es llamado a combatir. Es reclutado en los ejércitos de Dios. No se ofrece voluntariamente para Jesús, como afirma aquel lamentable himno arminiano. Es reclutado por un acto de gracia irresistible. Y, sin embargo, no es reclutado contra su voluntad ni combate contra su voluntad. Dios, en su obra de gracia al convertirlos en soldados de los ejércitos de Cristo, quienes representan la causa de Dios y de Cristo mediante la guerra espiritual, los hace soldados gozosos y voluntarios. Pueblo de Dios, es algo maravilloso luchar en la batalla de la fe. Es maravilloso porque los soldados de la cruz combaten por la única causa que realmente vale la pena. Luchar por cualquier otra cosa es luchar por una causa inútil, condenada a la derrota. Pero luchar por la causa de Dios es luchar por la gloria de su nombre y por la realización de su propósito eterno. Y es una gloria incomparable porque el soldado cristiano combate con la certeza de que la victoria siempre le pertenece. Está unido por la fe a Cristo, su Señor exaltado, quien es soberano sobre todas las cosas. Cristo no es solamente el capitán de su salvación; Cristo está también en el campamento del enemigo dirigiendo las operaciones, controlando los movimientos de los ejércitos y de las tropas, siempre para el bien de sus soldados. Nuestro Capitán ejerce pleno dominio sobre todo el poder de los ejércitos enemigos. ¿Cómo podríamos hacer otra cosa que vencer?

Ahora, unas pocas palabras acerca de esa batalla. A veces temo que el pueblo de Dios olvide que la vida en este mundo presente es, en verdad, una batalla. Les gusta pensar en ella como si fuera un lugar de recreo: estamos en el mundo para divertirnos; estamos en el mundo para sacar de la vida todo lo que podamos; nos entregamos plenamente a los placeres de esta creación. Pensamos que es un campo de juegos. Pero no es así. Es un campo de batalla. Siempre ha sido un campo de batalla. Y el pueblo del pacto de Dios no debería olvidarlo, porque si pierde de vista esta realidad, dejará de representar la causa de Dios.

En segundo lugar, esa batalla es feroz. Es más feroz que cualquier otra batalla que se haya librado jamás en la historia del mundo. ¿Qué importancia tiene para Dios la Segunda Guerra Mundial en comparación con la batalla de los siglos? ¿Qué importancia tiene para Dios Irak, sino en la medida en que constituye un pequeño elemento dentro de su consejo y de su plan? La batalla de los siglos:

esa es la batalla más feroz que se ha librado o que jamás se librará hasta el fin de los tiempos. Y la ferocidad de esa lucha se experimenta en su máxima intensidad en el campo de batalla de nuestra propia carne, porque nuestra carne es una aliada dispuesta y entusiasta de Satanás.

En tercer lugar, desde todo punto de vista humano, esta batalla parece desesperada. La iglesia es como la tropa de Gedeón. Isaías, en el capítulo 1 de su profecía, contempla a la iglesia en los días de Judá (no mucho antes del cautiverio) y, con voz llena de tristeza, la describe como una choza en un campo de pepinos, como una ciudad sitiada, como un remanente muy pequeño. Desde cualquier perspectiva terrenal, todas las probabilidades están en contra de la iglesia. No tiene fuerza; no tiene número; no tiene poder. No tiene nada a su favor. Ella misma es su peor enemiga. No existe razón alguna para que quien observe la batalla pueda decir: “Tienen posibilidades de victoria”. Y a veces el pueblo de Dios, sintiendo el peso de su pequeñez, comienza a desanimarse y a llenarse de temor, especialmente cuando se descubre al enemigo dentro de su propio campamento, cuando este deja sus iglesias en ruinas y hace que quienes debieran ser ministros del evangelio se conviertan en ministros de la propaganda del enemigo.

Cuando la poderosa mano del mundo se extiende para arrancar a sus hijos de sus brazos y estrellarlos contra las rocas de la falsa doctrina o de la persecución, el pueblo de Dios suspira profundamente y exclama: “Tenemos miedo. El enemigo está venciendo. Él triunfará.”

Pero si eres de aquellos que pertenecen al pacto de Dios y representan su causa en el mundo, seguirás luchando. Y lucharás con la certeza de que la victoria es tuya. ¡Qué gloriosa promesa nos da Dios! La victoria no llega por avanzar de batalla en batalla en la causa del evangelio hasta vencer finalmente al mundo, de tal manera que el campo de batalla de esta era quede cubierto por los escombros del orden presente y la fe reformada triunfe aquí, en medio del mundo, durante una edad de oro en la que el reino de Cristo sea un reino terrenal. Eso no es triunfo; eso no es victoria. Más bien, el hijo de Dios espera la victoria en la plena realización del propósito de Dios en el día de nuestro Señor Jesucristo. Su aparente derrota es, en realidad, la victoria, tal como ocurrió en la cruz, cuando la aparente derrota de Cristo fue la victoria sobre todos los poderes de las tinieblas.

En cuarto lugar, si leen atentamente la poderosa metáfora de Pablo en Efesios 6:10-17, donde describe al guerrero cristiano y exhorta al pueblo de Dios: “Estad, pues, firmes”, observarán que las distintas piezas de la armadura, tanto defensivas como ofensivas, sin excepción, se refieren de una u otra manera a la Palabra de Dios. Nosotros no libramos esta batalla con balas. No libramos esta batalla, como sugiere Francis Schaeffer en su obra *A Christian Manifesto*, huyendo a las montañas, organizando grupos guerrilleros y haciendo la guerra al gobierno civil en un intento de derrocarlo y establecer el cristianismo como ley de la nación. No combatimos de esa manera. Combatir así es perder y sufrir una derrota aplastante. Nosotros combatimos con la Palabra de Dios. Esa es nuestra arma. Es la única arma que poseemos. Pero es un arma suficiente, porque Dios ha querido, mediante la locura de la predicación, reunir, defender y preservar a su Iglesia y a cada uno de sus miembros. Solo la Palabra. ¡Úsenla como su armadura!

Pablo quiere decir que el guerrero cristiano, en medio del campo de batalla, revestido con el yelmo de la salvación, la espada del Espíritu, la coraza de justicia, los pies calzados con el apresto del evangelio de la paz y el escudo de la fe, permanecerá firme. No podrá ser vencido. Puede que finalmente se encuentre agotado por la batalla hasta lo más profundo de sus huesos. Puede que su

espada esté rota y su yelmo torcido; puede que la sangre corra por su rostro y por las heridas de su cuerpo. Pero cuando la batalla haya terminado, y esté listo para cambiar su armadura por una vestidura de justicia y una palma de victoria, lo encontrarán en medio del campo de batalla, todavía en pie, defendiendo la causa de Dios y de su verdad.

Ser parte del pacto de Dios es combatir. Has sido llamado a la batalla. Has sido llamado a luchar contra todo aquello que se opone a la verdad de Dios y contra todo mal que es contrario a su santidad. Eso es la antítesis.

La segunda figura que la Escritura utiliza para definir la antítesis (y es en esta figura en la que deseo concentrarme durante el resto de este capítulo) es el nombre que la Escritura da al pueblo de Dios que vive una vida antitética en el mundo: peregrinos y extranjeros. Pedro dirige su primera epístola a peregrinos y extranjeros.

Toda la primera epístola de Pedro es una instrucción acerca de cómo el hijo de Dios debe vivir la vida de peregrino y extranjero. Quisiera sugerirles que, durante sus devocionales de la próxima semana, lean la primera epístola de Pedro. Léanla completa la primera vez, de principio a fin, sin prestar atención a las divisiones por capítulos (que fueron añadidas posteriormente), ni a las separaciones por versículos (que también son incorporaciones posteriores); simplemente léanla. Y léanla teniendo presente este pensamiento: “Soy extranjero aquí, como lo fueron mis padres. Dios me ha dado este manual para enseñarme cómo debo vivir como extranjero en el mundo. Lo leeré para aprender de mi Dios qué significa ser peregrino y extranjero.” Y después de haberla leído de principio a fin, léanla nuevamente en secciones más breves; mediten en ella y aprendan lo que significa vivir la vida de la antítesis.

Existía esta figura de los peregrinos en la antigua dispensación. La encontramos en Hebreos 11:13-16. Abraham, Isaac y Jacob fueron llamados a salir de Ur de los caldeos y se les ordenó habitar como forasteros en la tierra de Canaán, cuando aquella tierra pertenecía a otros y ellos no poseían ni siquiera un palmo de terreno. Eran verdaderamente extranjeros en tierra extraña.

Este pasaje nos dice con hermosas palabras —palabras que Dios quiere que guardemos en nuestro corazón—, al resumir la vida de los patriarcas: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos, y creyéndolas, y saludándolas, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.” Porque los que dicen tales cosas —continúa el autor de Hebreos 11, tal como lo hicieron los patriarcas al confesar que eran peregrinos y extranjeros sobre la tierra— manifiestan claramente que buscan una patria. Y si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron (Ur de los caldeos), ciertamente habrían tenido oportunidad de volver. No era agradable ser extranjero. Tener que mantenerse constantemente en guardia contra todos los enemigos que los rodeaban era vivir una vida de peligro continuo.

Y además de todo esto, la tierra de la promesa era un desierto. Dios había dicho: “Te daré esta tierra en heredad.” Abraham debió de mirar a su alrededor y estar a punto de decir: “¿Quién querría una tierra como esta?” Dos veces tuvo que abandonar el país a causa del hambre. Isaac tuvo que marcharse por causa del hambre. Jacob tuvo que marcharse por causa del hambre. Era una tierra azotada por la escasez, una región desértica. Y Dios decía: “Esta es la tierra que voy a darte.” Pero, por un asombroso milagro de la gracia —algo que solo puede explicarse como una maravillosa

intervención divina ocurrida entre la muerte de los patriarcas y la entrada de Israel en la tierra de Canaán—, aquella tierra llegó a convertirse en una tierra que fluía leche y miel. Téngase presente que un solo racimo de uvas era tan grande que dos hombres tenían que transportarlo desde aquella tierra.

Pero Canaán no era la tierra que ellos buscaban. Anhelaban una patria mejor, es decir, una patria celestial. Estaban contentos de habitar en aquella tierra extraña como peregrinos y extranjeros porque comprendían que ese no era realmente su hogar. Dios les había prometido a ellos y a su descendencia aquella tierra como figura de una patria mejor. Por eso aspiraban a una patria mejor, esto es, la celestial; “por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos” (Heb. 11:16).

Esa última frase —quizás no tenga relación directa con mi exposición, pero debo detenerme un momento en ella—. ¡Piénsenlo! ¿Pueden imaginar algo más bendito que Dios diga acerca de ustedes y de mí: “No me avergüenzo de ser llamado vuestro Dios y quiero que todo el mundo sepa que yo soy vuestro Dios”? Nosotros, que somos tan perversos; nosotros, que tantas veces nos avergonzamos de Dios; nosotros, que en las luchas de nuestra vida por conformarnos a las exigencias de su pacto fracasamos con tanta frecuencia, tenemos esta seguridad: Dios no se avergüenza de ser llamado nuestro Dios. ¡Qué bendición! ¡Qué maravilla! El Dios del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas, no se avergüenza de nosotros, sino que se deleita en llamarnos sus hijos.

Sea como fuere, allí estaba la figura del Antiguo Testamento. Pedro la retoma y dice: “Ahora esto es lo que ustedes son en el Nuevo Testamento.” Si leen esta epístola de Pedro, descubrirán que Pedro no dice: “La vida de un peregrino y extranjero consiste en apartarse del mundo y alejarse de él todo lo posible para encerrarse en alguna celda monástica oscura, húmeda y lúgubre, donde uno pueda acostarse sobre un banco de piedra y azotarse con látigos para alcanzar una vida santa.” Pedro dice que los peregrinos y extranjeros viven precisamente aquí, en medio del mundo. Tienen que hacerlo, porque su llamamiento es proclamar para que todos lo oigan: “¡Este mundo pertenece a Dios! Digan lo que digan los impíos y hagan lo que hagan los impíos, ¡este mundo pertenece a Dios!” Y nosotros insistimos en ello. Y si el mundo responde con burla: “¿Qué? ¿De qué están hablando? Nosotros tenemos el mundo entero para nosotros y los expulsaremos hasta que no encuentren ni un lugar donde apoyar la planta del pie”, el hijo de Dios responde, aun mientras es empujado fuera de ese último palmo de terreno: “Pero este mundo pertenece a Dios. Dios nos ha revelado su secreto. Es su propósito darnoslo a nosotros. Y su propósito se cumplirá en la venida del día de Jesucristo.”

Así pues, Pedro dice que caminar como peregrino y extranjero en esta tierra significa que Dios nos manda vivir en santidad, porque: “Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios santo”. Pedro dice: “Eres ciudadano de un país en este mundo. Sométete a quienes ejercen autoridad sobre ti. Sé el mejor ciudadano de toda la nación, porque te sometes, por causa de Dios, a la autoridad de tus gobernantes.” Pedro también enseña que, aunque seas peregrino y extranjero, no estás llamado (por regla general) al celibato. Debes casarte y formar una familia. Pero asegúrate de que en tu familia vivas como ciudadano del reino de los cielos y como miembro del pacto de Dios. Y en el capítulo 3 ofrece instrucciones acerca de cómo debe llevarse esto a cabo.

Pedro dice: “Debes tener un trabajo; debes ganarte la vida trabajando. No seas negligente ni perezoso. Puede incluso que trabajes para un incrédulo. Eso no cambia nada. Pero cuando trabajes, honra a tu empleador y hazlo por causa de Dios. Y si él te trata injustamente y te defrauda en tu salario, no te unas a un sindicato diciendo para tus adentros: ‘Voy a unirme a otros y le voy a hacer pagar a ese sinvergüenza’. ¡De ninguna manera! El cristiano no habla así. Soporta el mal por causa de Cristo, aun cuando su empleador sea cruel con él.”

En última instancia, al vivir su vida como peregrino y extranjero en el mundo, tendrá que sufrir. Por eso Pedro dedica gran parte de su epístola a describir y explicar cómo debe actuar el creyente en tiempos de sufrimiento. El camino del peregrino es un camino difícil de recorrer e implica persecución, porque tal es la voluntad de Dios para él. Léanlo ustedes mismos. Está de viaje hacia su destino eterno, hacia la casa de su Padre. Se dirige a lo que John Bunyan llama en *Pilgrim's Progress* la Ciudad Celestial. No encaja en el mundo. Es una anomalía. Es una persona tan extraña y, a los ojos del mundo, actúa de una manera tan peculiar, que el mundo piensa que hay algo malo en él.

Pedro dice: “Tan diferente eres que no solo llamas la atención del mundo por tu conducta peculiar, sino que ellos mismos te preguntarán la razón: ‘¿Por qué vives de la manera en que vives?’” (1 Pedro 3:15).

Recuerdo que mi madre pasó mucho tiempo en el hospital antes de morir. En aquellos días, los hospitales tenían grandes salas compartidas; quizás diez personas en una misma sala. Y, naturalmente, las mujeres que compartían la sala con mi madre hablaban de sus fiestas de los viernes por la noche, de cómo pasaban los fines de semana buscando toda clase de diversiones, de los últimos espectáculos a los que habían asistido, y así sucesivamente. Finalmente, al ver que mi madre permanecía callada, le preguntaron: —¿Usted nunca hace esas cosas? —No —respondió mi madre—. Nunca las hago. Nunca me he emborrachado. Nunca he asistido a un espectáculo en toda mi vida. Nunca he entrado en un cine. —¡Oh! —dijeron aquellas mujeres—. Entonces, ¿nunca se divierte? —Sí —respondió mi madre—. ¡Tengo la vida más feliz de todas ustedes! Disfruto mucho más que cualquiera de ustedes. ¿Es divertido despertarse un sábado por la mañana con una cabeza que parece haber explotado como una barra de dinamita? ¿Eso es diversión? Nosotros disfrutamos nuestro gozo en el Día del Señor, en la iglesia, donde escuchamos la Palabra de Dios. Ellas no podían comprenderlo. —¿Por qué hacen eso? —preguntaron. Pues bien, porque somos extranjeros y peregrinos en este mundo. Estamos de viaje. Avanzamos hacia nuestro destino eterno. Esa es la razón. Dios nos ha hecho partícipes del gran secreto del universo. Le creemos a Él y creemos en su Palabra. Y cuando todo este mundo impío sea destruido, habrá cielos nuevos y tierra nueva que Dios dará a su pueblo del pacto en Jesucristo.

Un peregrino y extranjero en la tierra es, por tanto, alguien que reclama esta creación para Dios al usarla, en la medida en que le es posible, para la gloria del nombre de Dios. Esto significa que reconoce que la creación, en su condición actual, no vale tanto como para distraerlo de su peregrinación. Está bajo maldición. No vale la pena retrasarse en el camino por causa de ella. No vale la pena acumular para sí sus posesiones. El peregrino y extranjero mantiene un desapego respecto de las cosas de este tiempo presente. No está interesado, ante todo, en tener una hermosa casa. Si Dios se la concede, es otra cuestión, aunque Dios no suele otorgar eso muy frecuentemente a su pueblo. Ellos son el desecho del mundo. Pero no es eso lo que le interesa. Tampoco le interesa

acumular riquezas para sí. ¿De qué serviría? Si llena su mochila y sus maletas con botellas de vino y whisky, o con lingotes de oro y plata, le resultará casi imposible avanzar en su peregrinación con una carga semejante. Y si se construye para sí, en sentido espiritual, una mansión magnífica, hermosa y costosa, olvida que está de viaje. Es mucho mejor que lleve una tienda de campaña que pueda desmontar por la mañana, cargar sobre sus hombros y transportar durante la siguiente etapa de su peregrinación terrenal. Y aun manteniendo ese desapego respecto de las cosas presentes, dice: “Pero este es el mundo de Dios. Sin embargo, en este momento me interesa relativamente poco en cuanto a acumular sus bienes se refiere. No me preocupa poseer poco de él, porque algún día Dios me dará a mí y a todo su pueblo la creación entera, glorificada en Cristo, como mi herencia eterna. Entonces sí habrá gloria, porque entonces estaré con Cristo.”

Además, cuando posee estas cosas terrenales, se interesa por ellas por una razón completamente distinta de aquella por la cual los impíos se interesan en ellas. Se interesa en ellas por una sola razón: para que, por medio de ellas y mediante su uso, pueda promover la causa de Dios. Eso es lo importante en su vida. Eso es lo que realmente cuenta. Tan pronto como toma algunas de las posesiones que Dios ha puesto en esta creación y las utiliza para sí mismo, dice: “Esto es mío y puedo usarlo como me plazca.” Pero Dios le responde: “No, peregrino cristiano; son Mías. Y te las doy únicamente como administrador, para que las uses en mi servicio.”

Hay una cosa en la que el peregrino cristiano está profundamente empeñado: huir de todas las concupiscencias y pecados del mundo, temiéndolos con gran temor. No enciende el televisor para contemplar la corrupción moral de las películas. No compra revistas llenas de imágenes impuras. De hecho, si visitaras su hogar, aunque no sea más que una morada temporal, quizá encontrarías un letrero sobre la puerta que dijera: “En esta casa, Cristo es Rey”. Y si fueras invitado a entrar, no te llevaría más de cinco minutos descubrir que tanto padres como hijos se inclinan en servicio al Rey Jesús. Lo percibirías por las canciones que se escuchan en el reproductor de música o en la radio. Lo percibirías por los libros que llenan sus estanterías. Lo percibirías por el lenguaje que utiliza la familia en el hogar, un lenguaje que refleja el temor de Dios que impregna toda su vida. Dirías entonces: “Cristo reina aquí por su gracia. En este hogar Cristo es Rey. Aquí no encontrarás las concupiscencias ni los placeres del mundo”. El hogar del peregrino es una isla de santidad en medio de un mundo impío.

Estamos de peregrinación. El camino es difícil. Hay una cruz que llevar. La peregrinación está llena de sufrimiento. El mundo nos aborrece. Se coloca a lo largo de nuestra senda de peregrinos, arrojándonos terrones de lodo y, finalmente, atacándonos brutalmente en el camino de la vida para apartarnos por el temor de una senda que, de por sí, ya es estrecha, difícil y empinada. Pero en el sufrimiento hay victoria, y en la muerte hay cielo. Siempre somos vencedores, avanzando constantemente hacia la meta y sabiendo que la fe es la victoria que vence al mundo.